

Siempre quise ser ella

Luna

La verdad que no sé de dónde vienen mis gustos, ya que no tengo hermanos, solo una hermana. Y no es que yo conozca muchas chicas que les guste lo que a mí... realmente no conozco ninguna.

Desde que tengo uso de razón fui la niña rara que prefería jugar con superhéroes antes que con bebés, que elegía el rojo y los juegos de acción, y que no soportaba el rosa ni las historias de amor.

Cuando tenía siete años, era la rara que jugaba al fútbol en vez de bailar o pintarse las uñas. A los doce, era la rara que usaba ropa ancha y negra en lugar de prendas ajustadas y de colores llamativos. Y cuando cumplí dieciséis... era la rara sin amigas, era un chico más sí, pero también era la rara con la que las chicas se metían porque “es una marimacho” o porque “de seguro es lesbiana” o por el contrario “solo quiere llamar la atención de los chicos porque es una pickme”.

Sea como sea, desde pequeña fui la pieza del puzle que no encajaba.

—Oye, marimacho reprimida, ¿ya vas a intentar llamar la atención de los chicos con tu actitud de chica diferente? —dijo una de ellas con una sonrisa burlona.

—Prefiero marimacho que Barbie como tú —respondí, intentando tragarme la rabia. Ya me habían advertido que, si me metía en otra pelea, acabaría expulsada. Eso era lo que todos sabían: que tenía mal carácter, que me costaba controlarme. Pero nadie veía lo demás. Nadie sabía de las notas que encontraba cada día en mi mochila, llenas de insultos. De mis cuadernos pintados, de los rotuladores que desaparecían, o de aquella

vez que me cortaron el pelo hasta los hombros “para que me pareciera más a los chicos”.

Todo eso me dolía más de lo que mostraba cuando respondía con sarcasmo. No me malinterpretéis: normalmente no me importarían, si al menos tuviera un refugio. Pero cuando no lo tienes... cuando todo el mundo parece empeñado en decirte que estás equivocada por ser quién eres, acabas creyéndotelo.

Y lo peor es que no solo lo oyes en el instituto. También en casa. Como cuando pedía ropa holgada o me gustaban las prendas del apartado de chicos, mi madre suspiraba:

“Así nunca vas a gustar a los chicos.”

“¿Por qué no eres más como tu hermana? Ella sí sabe comportarse como una chica.”

O cuando llegaban mis notas, llenas de aprobados justos, porque los estudios nunca fueron lo mío, aunque yo alejaba que sería futbolista que no necesitaba buenas notas.

“Deja esos sueños. Las chicas no llegan a ser futbolistas. Estudia algo serio.”

Y sí, quizá esas frases no suenan como insultos... pero cuando las escuchas toda la vida, terminan calando más hondo que cualquier palabra dicha con odio. Terminas creyendo que fallas. Que hay algo en ti que está mal. Así que aprendí a fingir que no me afectaba.

A lanzar frases duras, a aparentar seguridad. Pero detrás de todo eso, solo había una chica cansada. Cansada de no encajar ni en los pasillos del instituto ni en su propia casa.

A veces miro a Clara, una chica de mi clase. Es todo lo contrario a mí: guapa, perfecta, femenina, con una sonrisa que ilumina el aula y unas notas impecables. Todos la adoran. Y yo... yo solo pienso en lo fácil que debe ser su vida.

Supongo que por eso siempre quise ser ella.

Clara

Siempre me ha hecho gracia cómo todos creen que tengo la vida perfecta. Que porque llevo faldas, sonrío mucho y saco buenas notas, todo me va bien. Como si pintarse las uñas y saber posar en las fotos te protegiera de todo lo demás. A veces me gustaría gritarles a la cara que no tengo la vida perfecta, que no tengo nada de eso. Que ser “femenina” no es un escudo: es un blanco enorme en la espalda.

Desde pequeña todos decían que yo era “preciosa”, “educada”, “tan dulce”. Nadie veía lo cansado que es intentar no decepcionar a nadie. Las chicas querían ser mis amigas, los chicos querían algo más.

Cuando tenía siete años, era la niña ideal: guapa, simpática, con muchas amigas y buenas notas. Todos creían que eso definiría mi vida para siempre. Pero a los doce, todo empezó a cambiar.

Los estudios se complicaron, y para mantener mis notas tenía que estudiar cada tarde. Las chicas empezaron a quedar todos los fines de semana, a ir a academias de baile o de violín, y yo intentaba seguirles el ritmo para no quedarme atrás. Pero vivir siempre bajo la exigencia de ser perfecta empezó a asfixiarme.

Además, me desarrollé pronto. De repente era “la guapa”, la del cuerpo bonito, la de las caderas anchas y los pechos grandes. Y con eso llegaron las miradas, los silbidos, los comentarios:

—“Vaya cuerpo, eh.”

—“Con ese culo, cualquiera se distrae.”

Y aunque yo no hacía nada especial, no usaba maquillaje, no me ponía ropa ajustada ni

provocativa, parecía que solo por existir estaba haciendo algo mal. Incluso cuando iba por la calle con mi madre o con alguna amiga, escuchaba frases como:

—“No seas tan presumida, que tientes a los chicos.”

Como si fuera mi culpa ser como soy.

Ahora tengo dieciséis. Solo he tenido un novio. Todos decían que éramos la pareja perfecta, que hacíamos buena combinación. Pero la perfección era solo una fachada. En privado, era controlador, celoso, agresivo. Y si os preguntáis por qué no lo dejé... bueno, cuando creces escuchando que “las chicas no pueden tener muchos novios”, que “si un chico se enfada es porque tú hiciste algo mal”, aprendes a callar. Y cuando además te llaman “puta” por llevar una falda dos dedos más corta o una camiseta que deja ver el ombligo, empiezas a creer que tienen razón. Que si algo va mal, la culpa siempre es tuya.

Aguanté. Como siempre. Hasta que una noche, todo se rompió. Solo caminaba por el parque para volver a casa después de mis clases de baile. No era tarde, ni un lugar peligroso; ese camino lo recorría desde los siete años. Pero esa noche, el problema no fue la hora ni el sitio. Fue que iba sola. Y que en un mundo donde correr parece algo “poco femenino”, esa noche me habría venido bastante bien.

No quiero hablar de lo que pasó. Solo diré que desde entonces ya no soy la misma. Y cuando mi novio se enteró, me dejó. Dijo que ya era “una chica usada”.

No se lo conté a nadie. Porque sé lo que dirían: que lo provoqué, que lo busqué, que debí tener cuidado. Y yo... ya no tengo fuerzas para seguir defendiéndome de un mundo que solo escucha cuando encajas en su molde.

A veces miro al espejo y no sé quién soy. Ya no soy la niña perfecta. Y si no soy perfecta... entonces, ¿qué soy?

A veces miro a Laura, una compañera de clase que siempre pasa desapercibida. Nadie se fija en ella, nadie la juzga, nadie la señala. Y pienso que debe de ser tranquila esa vida.

Por eso, siempre quise ser ella.

Laura

A veces pienso que soy invisible. Y no porque nadie me mire, sino porque cuando lo hacen... no ven nada. Ni algo que odiar, ni algo que admirar. Solo... nada. Desde pequeña he sido "la normal". Notas normales, cara normal, cuerpo normal. Ni la más guapa ni la más fea, ni la más lista ni la más torpe. Simplemente... del montón.

Y al principio pensé que eso estaba bien, que ser normal era tranquilo, seguro.

Pero con los años entendí que, para los demás, ser normal es lo mismo que no ser nada.

En el colegio, mientras unas chicas destacaban por su belleza o su simpatía, y otras por su rebeldía o su fuerza, yo solo estaba ahí. Siempre presente, pero nunca elegida. Nadie me insultaba, pero nadie me recordaba. Y a veces eso dolía más.

Intenté encajar. Me acerqué a distintos grupos, sonreí, hablé, me esforcé por agradar.

Pero siempre pasaba lo mismo: me miraban con cara de cortesía, me escuchaban un rato y, al final, se marchaban. No sabían qué hacer conmigo. Era demasiado normal para ser interesante, demasiado tranquila para destacar, demasiado callada para ser divertida.

—Eres muy sosa, Laura —me decían algunas compañeras con una sonrisa disimulada—

No sé cómo puedes vivir así, sin destacar en nada.

—Deberías esforzarte más —me decía mi madre—. Busca algo en lo que sobresalgas, cariño. No puedes pasarte la vida siendo del montón.

Y mi padre siempre remataba con su frase favorita:

—Tienes que hacer algo que te haga especial, hija. Las chicas de hoy tienen que ser extraordinarias si quieren que las vean.

Yo asentía. Siempre asentía. Pero por dentro solo podía pensar: ¿y si no quiero destacar? ¿Y si no sé cómo hacerlo? ¿Y si simplemente no puedo?

Y así, poco a poco, dejé de intentarlo. Dejé de hablar en clase, de levantar la mano, de proponer planes. Me convertí en alguien que pasa desapercibida, que no molesta, que no brilla. Y todos parecieron más cómodos así. Menos yo.

Últimamente me siento cansada. Cansada de fingir que no me importa estar sola. Cansada de buscar un sentido en una vida que parece vacía. Cansada de ver cómo el mundo aplaude a las que son bellas como Clara o valientes como Luna, mientras a mí me dejan al margen, como si no tuviera nada que ofrecer.

A veces me pregunto si soy menos mujer por no encajar en ninguno de los moldes. Si hay un lugar para las que no son fuertes ni frágiles, ni dulces ni duras, ni bellas ni feas. Las que simplemente existen. Porque a nosotras no nos insultan ni nos celebran. Nos olvidan. Y eso, aunque nadie lo note, también duele.

Yo miro a Luna y no entiendo cómo lo hace. Cómo puede ser tan ella, tan decidida, tan clara en sus gustos, tan fuerte para seguir adelante aunque le digan de todo. Cómo puede destacar entre tantos chicos, ser la única, la diferente, y aun así seguir firme, sin dejar que la rompan. Y entonces pienso que yo nunca podría. Que yo no sé ser así.

Por eso, siempre quise ser ella.

Seudónimo: Zoe.M